

CAPITULO XVI.

El año de 1866.—Siniestra pintura y funestos augurios.—Despéjase la incógnita.—Resuelve Napoleón la evacuación de México.—Nombramiento del Barón Sayllard para que lo participe á Maximiliano.—Anuncio Napoleón en la apertura de las Cámaras.—Llegada de Sayllard á México.—Irritación que produjo en el Archiduque el objeto de la venida del Barón.—Carta del Ministro de Negocios Extranjeros, francés, al Plenipotenciario de esa Nación en México.—Pretende Napoleón la entrega de las Aduanas de Veraacruz y Tampico.—Envía Maximiliano á M. Loysel á Europa con una misión secreta.—Llama á Hidalgo, á fin de que juzgue de la situación.—Opinión de éste demasiado desfavorable.—Trata Maximiliano de arrimarse al partido conservador.—Política que se le aconseja seguir.—Imposibilidad de adoptarla.—No queriendo el Archiduque que Hidalgo vuelva á Europa, le da la encomienda de hacer un Tratado con la Francia, sobre comercio y navegación, en compañía del Lic. D. Teodosio Lares.—Negativa de uno y otro.—Renuncia Hidalgo la Embajada de Paris, que le es admitida inmediatamente.—Vuelve á Europa.—Trata Maximiliano de desnaturalizar el objeto de la renuncia, publicando al efecto un artículo ofensivo en varios periódicos franceses.—Renuncia del Ministerio y nombramiento de sucesores.—Otros nombramientos.—Prosigue la guerra.—Operaciones del General Díaz.—Id. del General Figueroa.—Terribles asaltos al cerro de Soyaltepec.—Son rechazados los enemigos.—Triunfo de Figueroa.—Combate de Agua Dulce.—Derrota de austro-traidores que se convierte para éstos en victoria.—Carga terrible de caballería dada por un escuadrón de húngaros.—Capitulación de Papatla, ventajosa para los republicanos.—Hermoso episodio.—Sumisión de Xochiapulco.—El enemigo emprende por segunda vez la campaña de la Costa de Sotavento.—Coalición de los Estados de Chiapas y Tabasco, y línea marítima de la referida Costa.—Eligen jefe al General de Brigada Don Alejandro García.—Proclama de éste.—Término significativo de esa campaña para las armas de la República.—Manifiesto del General García.—Importancia de ese documento.

El año de 1866 se presentaba triste y amenazador para el Imperio, que ofrecía cada vez más y más los signos característicos, reveladores de una próxima disolución.

Arrangoiz decía á tal respecto:

“Empezó este año bajo tan malos auspicios como había terminado el anterior: con la indiferencia completa de las poblaciones, y la actitud pasiva del clero y de los propietarios habían aumentado considerablemente las partidas de republicanos, que no eran perseguidas como en tiempo de la Regencia y en los primeros meses del Imperio,¹ los imperialistas sinceros, de todas clases, estaban convencidos de que duraría el trono, el tiempo que permanecieran en México los franceses, los cuales á principios de Enero no eran dueños de más terreno que el que ocupaban: las provincias de Chihuahua, Durango, Nuevo León, Tamaulipas y Zacatecas estaban casi completamente en posesión de los republicanos. Pero nada había llegado á tan mal estado como la Hacienda; en 1865 no habían producido todas las rentas más que *diecinueve millones de pesos*.”

Otro historiador, nada sospechoso, el Conde de Kératry, entusiasta panegirista de la Intervención, y muy especialmente del Mariscal Bazaine, se expresaba así:

“El año 1866 se inauguró bajo tristes auspicios.

“Desde los primeros días de Enero estallaron las defecciones por todas partes. El soplo de la desolación había pasado por aquel pueblo. Las bandas de los *guerrilleros* desolaban á Tamaulipas, Nuevo León y Zacatecas, Estados limítrofes de la Unión. A las puertas de la Capital se insurreccionaba Pachuca, y Michoacán levantaba el estandarte de la rebelión.....”

Respecto de este último aserto el Conde incurría en un lamentable error.

El Estado de Michoacán fué un atleta esforzado que combatió perenne y decididamente en contra de la Intervención y el Imperio; y Régules, y Riva Palacio, y los mártires de Uruapan, y Nicolás Romero y otros muchos denodados hijos de México, cual nuevos Leónidas, hicieron de aquella parte tan importante del territorio patrio, por medio de su conducta heroica, el baluarte de la Independencia, el antemural de la libertad.

Siguiendo la serie de apreciaciones y pronósticos funestos, “La So-

¹ Esto no era cierto, como puede deducirse desde luego del relato que comprenden estos apuntamientos,

ciudad,” el órgano más caracterizado del partido conservador publicó en esos días, en su sección de “Actualidades,” el siguiente suelto, demasiado desconsolador para los intervencionistas:

“Nadie, en efecto, decía, á menos de haber perdido el juicio, reputará cohechables las fuerzas francesas, austriacas y belgas, ni querría exponerse á perecer á sus manos alterando el orden público. Esto por lo que respecta á los elementos materiales. En cuanto á la situación respectiva del Gobierno y de los partidos, la del conservador es tal, que proscritos sus principios y eliminados sus hombres en la arena pública, y previendo que el triunfo personal y completo de sus adversarios ha de seguir en un tiempo dado al de los principios de éstos, en vez de conspirar contra el Gobierno actual ha de desear y procurar su conservación, para prolongar el goce de las garantías que los individuos tienen hoy en su persona, en su propiedad y en su hogar. Los conservadores saben perfectamente que á la extremidad de la ruta seguida les aguardan el ostracismo ó el cadalso. En cuanto al partido liberal ó republicano que ve parcialmente triunfantes ya sus principios y sus hombres, y que cuenta con la libertad de imprenta, con las eventualidades que puedan surgir contra la prolongación de la Intervención, con las dificultades que de hecho surgen de los Estados Unidos y con el acrecentamiento de las guerrillas y la disminución del brío y la confianza de las poblaciones, ¿es creíble que quisiera comprometer su obra por medio de una asonada, cuyos resultados le habrían de ser forzosamente adversos?”

La situación, pues, no podía ser más crítica y aterradora para los interesados en un estado de cosas que la Nación rechazaba abiertamente, y cuya duración sería la que le prestara el elemento extranjero, que iba ya á despejar la incógnita, haciendo á un lado compromisos sagrados y consideraciones delicadas, descartándose abiertamente por medio de una resolución que humillaba cruelmente á Maximiliano, haciéndole proposiciones indignas é inadmisibles, y que además, lo abandonaba á su suerte, desvalido y sin recursos, de manera pérfida y cobarde, como en justo castigo de haber aceptado con deslealtad y punible ligereza una quimérica é imposible dominación.....

En verdad, Napoleón, teniendo en cuenta la actitud resuelta de los Estados Unidos y el disgusto marcadamente hostil de la Francia en contra de la permanencia en México del ejército invasor, se apresuró

á tomar una medida que viniéra desde luego á poner término á esa situación, que se presentaba en el horizonte de la política con caracteres tan sombríos: *ordenó el reembarco del ejército francés.*

En tal virtud, fué nombrado el Barón Saillard para que trajera al Archiduque la *terrible nueva*, haciéndolo por medio de una carta autógrafa, en que sin preámbulos ni rodeos su *ilustre aliado* le participaba lo imposible que le era prolongar la estada en el país de las tropas invasoras.

El enviado se embarcó en Saint Nazaire el 16 de Enero, y Napoleón en el discurso que pronunció en la apertura de las Cámaras, dijo con relación al asunto:

“El Gobierno *fundado por la voluntad del pueblo* en México se *consolida*; vencidos y dispersos los disidentes *no tienen ya jefe*; las tropas nacionales han manifestado su valor, y el país ha encontrado garantías de orden y de seguridad, que han desarrollado sus recursos y hecho subir su comercio, de 21 á 77 millones con Francia solamente. Según la esperanza que manifestaba yo el año anterior, toca á su término nuestra expedición. Me entiendo con el Emperador Maximiliano para fijar la época de la *salida de nuestras tropas*, á fin de que se efectúe sin comprometer los intereses franceses que hemos ido á defender en aquel lejano país.

“Que la América del Norte, que había salido victoriosa de una lucha formidable, había restablecido la Unión, y proclamado solemnemente la abolición de la esclavitud; y que la Francia que no olvidaba esa página de la historia, hacía votos sinceros por la prosperidad de la gran República, y por la conservación de relaciones amistosas que serían muy pronto seculares.”

La veracidad que se desprende del contexto de lo anteriormente transcrito corre parejas con la de las *cartas mexicanas*, una de las cuales, y como muestra, insertamos en el capítulo anterior.

Con un descaro que asombra, el magnate francés daba por vencidos, dispersos y sin jefe á los llamados disidentes, cuando éstos ocupaban á la sazón la mayoría del país, y se organizaban de manera imponente; hablaba de aumento en las rentas, y de consolidación del Imperio, cuando la penuria del Erario rayaba en la miseria; cuando la desunión, el desconcierto, y la desconfianza, reinaban en el campo imperialista; y cuando, en suma, el Gobierno de Maximiliano asu-

mía una situación mucho peor que la que había tenido anteriormente.

El 9 de Febrero llegó á Veracruz M. Saillard, en compañía de la comisión belga que venía á notificar á S. M. el advenimiento de Leopoldo II al trono de aquella Nación.

La noticia del objeto del viaje del Barón causó una impresión profunda en el bando traidor, y grandísima irritación en el Archiduque: éste seguía creyendo que la Francia, por dignidad y en debido acatamiento á lo pactado en Miramar, continuaría, cuando menos, dando el apoyo acordado en el referido Convenio; mas no fué así: el Ministro de Negocios Extranjeros francés decía al Plenipotenciario de su nación en México, en despacho de 16 de Febrero, para que lo participara á Maximiliano, lo siguiente:

“En los momentos en que le escribo á Ud. este despacho, el Sr. Barón Saillard ha debido llegar á México: las instrucciones del Gobierno del Emperador le son á Ud., pues, conocidas. S. M. ha tenido especial cuidado de informar por sí mismo de sus resoluciones, á los altos Cuerpos del Estado en el discurso que pronunció al inaugurar la Legislatura actual. Mi misión se reduce hoy, por lo tanto, á confirmar á Ud. las instrucciones contenidas en mis despachos del 14 y del 15 de Enero, y recomendarle que concierte sin demora con el Gobierno mexicano los arreglos necesarios para llevar á efecto las miras del Emperador.

“El deseo de S. M., como ya sabe Ud., es que la evacuación pueda principiar hacia el Otoño próximo, y que quede terminada lo más pronto posible. Debe Ud. entenderse con el Mariscal Bazaine para fijar los términos sucesivos, de acuerdo con el Emperador Maximiliano. Difícil me sería explicar aquí las consideraciones diversas que es preciso tener en cuenta para dirigir esta operación: las unas, de carácter puramente militar y técnico, son de la competencia exclusiva del Mariscal, comandante en jefe de nuestro ejército; las otras, de un carácter más político, quedan sometidas á las apreciaciones comunes de Udes., ilustradas por el perfecto conocimiento que tienen de las circunstancias locales y de las necesidades que ellas imponen.”

Hablaba en seguida de la situación financiera, y de lo importante que era hacer el balance y determinar las garantías de seguridad del pago, una vez que, no habiéndose realizado las previsiones del Convenio de Miramar, era preciso recurrir á combinaciones distintas, pa-